

# Vida consagrada, vida carismática: don irrenunciable para la vida y misión de la Iglesia

---

Rufino Luis Quintana Giménez, ofm

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** El carisma es un elemento irrenunciable para la vida y misión de la Iglesia (IE 9). La Vida Consagrada es un elemento irrenunciable y característico de la Iglesia (VC 29). Si ambos son “elementos irrenunciables” de la Iglesia, ¿tienen entre sí alguna relación? Sí, pues la vida consagrada se inserta en la dimensión carismática de la Iglesia. Esto debe implicar dos consecuencias: que los miembros de la Iglesia consideren la dimensión carismática y la Vida Consagrada como elementos propios y necesarios, no accesorios o prescindibles. Y que la Vida Consagrada se sienta hija y miembro de la Iglesia, especialmente en su dimensión carismática, en comunión con los otros estados de vida.

**PALABRAS CLAVE** Carisma, Iglesia, vida consagrada, dimensión carismática, elemento irrenunciable.

**SUMMARY** *Charisma is an inalienable component in the life and mission of the Church (IE 9). The Consecrated Life is an inalienable and unique characteristic of the Church (VC 29). If both are “inalienable components” of the Church, is there any relationship between the two? Yes, because the consecrated life penetrates the charismatic dimension of the Church. This should result in two corollaries: that members of the Church consider the charismatic dimension and the Consecrated Life as necessary and intrinsic elements, not as incidental or expendable ones. Furthermore, the Consecrated Life should be seen as a daughter and member of the Church, especially in its charismatic dimension, in communion with other ways of life present in the Church.*

**KEYWORDS** *Charisma, Church, Consecrated Life, charismatic dimension, inalienable components.*

## INTRODUCCIÓN

El pasado 15 de mayo del 2016, solemnidad de Pentecostés, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicaba la Carta *Iuvenescit Ecclesia*, sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia. Con ella, se pretendía recordar “aquellos elementos teológicos y eclesiológicos cuya comprensión puede favorecer una participación fecunda y ordenada de las nuevas agregaciones a la comunión y a la misión de la Iglesia” (IE 3)<sup>1</sup>. Porque son muchas las nuevas formas de vida que el Espíritu suscita hoy en su Iglesia, nuevos carismas ante los que la jerarquía eclesiástica debe ejercer su discernimiento paternal para integrarlos en la comunión y misión eclesial. “Desde los inicios –ha afirmado recientemente el Papa Francisco– el Señor colmó a la Iglesia con los dones de su Espíritu, haciéndola así cada vez más viva y fecunda con los dones del Espíritu Santo. Entre estos dones se destacan algunos que resultan particularmente preciosos para la edificación y el camino de la comunidad cristiana: se trata de los *carismas*”<sup>2</sup>.

La Iglesia no es una realidad estática, uniforme. El Espíritu Santo la anima, desde Pentecostés hasta nuestros días, haciendo brotar en ella los *carismas* que necesita para responder mejor a los *signos de los tiempos* en cada época, para que el Reino de Dios siga creciendo lentamente como aquella *semilla de mostaza* (cf. Mt 13,31-32). Por eso, el carisma es un elemento *irrenunciable* para la vida y misión de la Iglesia (cf. IE 9). Una Iglesia sin carisma, una Iglesia sin el Espíritu no pasaría “de ser una simple organización, similar a otras muchas organizaciones e instituciones humanas existentes en el mundo de los hombres. Una institución con fines culturales, humanitarios y, sobre todo, religiosos. Pero, nada más”<sup>3</sup>.

En la exhortación apostólica *Vita Consecrata*, San Juan Pablo II también usó el mismo término que acabamos de ver aplicado a los carismas, *irrenunciable* (*renuntiari non licet*), al hablar de la vida consagrada. De ella decía que “no podrá faltar nunca a la Iglesia como uno de sus elementos *irrenunciabiles* y característicos” (VC 29), por estar presente en la Iglesia desde sus

1 J. SANZ MONTES, *La fidelidad creativa. Itinerario de renovación de la vida consagrada* (Madrid 2017) 370-378.

2 FRANCISCO, “Audiencia general. 1-octubre-2014”: *L'Osservatore Romano* 40 (3/X/2014 –ed. español–) 12.

3 Conferencia de Mons. Ignacio Hazim, metropolitano ortodoxo de Lattaquié-Siria, pronunciada el 5 de agosto de 1968. Cf. IGNACIO HAZIM, “Voici, je fais toutes les choses nouvelles”, en: *Irenikon* 42 (1968) 351-352.

inicios (cf. PC 1), y porque la vida consagrada es expresión de la naturaleza de la Iglesia (cf. AG 4).

¿Qué relación tienen estas dos expresiones: “el carisma es un don irrenunciable de la Iglesia” (IE 9) y “la vida consagrada es un elemento irrenunciable de la Iglesia” (VC 29)? Se trata de una relación intrínseca, pues debemos entender la vida consagrada dentro de la dimensión carismática de la Iglesia, como un elemento que no pertenece a su estructura jerárquica, sino a su vida y santidad (cf. LG 44). La vida consagrada es un carisma eclesial, que existe desde los inicios de la Iglesia y que nunca le podrá faltar<sup>4</sup>.

El presente artículo muestra el *carisma* como un elemento irrenunciable de la Iglesia, en relación de complementariedad con la dimensión jerárquica, y la *vida consagrada* como un carisma dentro de la Iglesia, también elemento irrenunciable de la misma, por expresar su naturaleza íntima y ser signo visible de la realidad celeste a la que todos estamos llamados.

## I. EL CARISMA EN LA IGLESIA Y SU RELACIÓN CON LA JERARQUÍA

El término *carisma* (χάρισμα) deriva del verbo griego χαρίζεσθαι, que significa “hacer un favor”. Por lo tanto, el sustantivo derivado significa “don gratuito, regalo”. San Pablo usa este término diecisiete veces en sus cartas, y San Pedro una vez. Los *carismas* son gracias o dones comunicados por Dios a una persona gratuitamente, “manifestación de la multiforme gracia de Dios” (1Pe 4, 10), que provienen de Cristo y del Espíritu (cf. IE 4). Para San Pablo, el verdadero carisma nace del Espíritu Santo y ha de conservar siempre una intrínseca relación con Él, ya que es su fuente; y dejaría de ser carisma si perdiera esta relación, pasando a ser una simple cualidad o virtud natural de la persona. Los carismas han de articularse y encajar dentro de estos tres planos inseparables, convergentes y, por lo mismo, complementarios:

- a. los carismas tienen su origen en el Espíritu Santo y han de mantener siempre esta vinculación con su origen (cf. 1Cor 12, 3–12);

---

4 Cf. J. DANÍELOU, “Puesto de los religiosos en la estructura de la Iglesia”, en: G. BARAUNA, *La Iglesia del Vaticano II* (Barcelona 1966) vol. II, 1128.

- b. los carismas, comunicados por el Espíritu, se desarrollan únicamente en el ámbito del cuerpo de Cristo (cf. Rm. 12, 4-8 y Ef. 4, 4-6);
- c. los carismas se caracterizan siempre por la ordenación a su fin; la edificación de la comunidad (cf. 1Cor 12, 7)<sup>5</sup>.

Después de varios siglos de silencio, el Concilio Vaticano II redescubrió la teología del carisma, especialmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia (cf. LG 4 y 12). El magisterio postconciliar, especialmente con San Juan Pablo II y Benedicto XVI, desarrollarán ampliamente el tema del *carisma* en la Iglesia<sup>6</sup>. El Papa Francisco dirá que “el carisma *es una gracia, un don concedido por Dios Padre, a través de la acción del Espíritu Santo*. Y es un don que se da a alguien no porque sea mejor que los demás o porque se lo haya merecido: es un regalo que Dios le hace para que con la misma gratuidad y el mismo amor lo ponga *al servicio de toda la comunidad*, para el bien de todos”<sup>7</sup>. Gracia del Espíritu Santo para el bien de la comunión eclesial: dos elementos que se interrelacionan y que no pueden faltar. El carisma es “un don de Dios, que Él da a cada persona, para la construcción de la comunidad eclesial, comparándola con la metáfora del cuerpo”<sup>8</sup>.

## 1. IGLESIA: CARISMA Y JERARQUÍA

La Iglesia no solo está enriquecida con los dones del Espíritu, con los carismas que suscita para el bien del pueblo de Dios. La Iglesia misma es una realidad *carismática*, es un don de Dios para nuestro mundo. La dimensión carismática pertenece tan intrínsecamente a la Iglesia como la dimensión jerárquica: ambas son complementarias, y se necesitan mutuamente para mostrar a nuestro mundo actual el verdadero rostro de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. El cardenal Velasio De Paolis subraya la dimensión carismática en la Iglesia en

5 Cf. T. VIÑAS ROMÁN, *Los religiosos y las religiosas “ayer, hoy y mañana”* (Madrid 2010) 71-72; X. LEON-DUFOUR, “Carisma”, en: *Vocabulario de Teología Bíblica* (Barcelona 2005) 125-128. Cf. RZECZEWSKA YOLANTA, *Les Charismes dans l’Eglise et leur Institutionnalisation canonique* (Roma 2016).

6 A. ROMERO, “Carisma”, en: A. APARICIO RODRIGUEZ – J. CANALS CASAS (Eds.), *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada* (Madrid 1989) 142-158; P. M. REGAMEY, “Carismi”, en: G. PELLICCIA – G. ROCCA, *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, vol. II (Roma 1975) 299-313; S. WIEDENHOFER, “Eclesiología”, en: T. SCHNEIDER (dir.), *Manual de Teología Dogmática* (Barcelona 1996) 721.

7 FRANCISCO, “Audience general. 1-octubre-2014”: *L’Osservatore Romano* 40 (3/X/2014 –ed. español–) 12.

8 J. SANZ MONTES, *Clara de Asís: herencia y tarea. Su contribución carismática a la tradición femenina cristiana* (Madrid 1993) 68.

relación con sus otras dimensiones: “No se entiende en oposición a *jerárquica* porque la acción del Espíritu Santo no está presente de un modo menor en una dimensión que en la otra; se trata de dos dimensiones complementarias, animadas por igual por la acción del Espíritu Santo. Tampoco se entiende como opuesta a la dimensión *institucional* porque también la dimensión misteriosa y carismática se institucionaliza y está presente en las instituciones de la Iglesia, puesto que vive y opera en la historia y en el tiempo. No se entiende tampoco en el sentido amplio de *sacramental*, porque toda la realidad eclesial es sacramento de salvación y Cuerpo místico de Cristo. Se opone a *sacramental* en el sentido de que esa dimensión no se funda propiamente en ningún sacramento específico y en particular en el orden sagrado, que es el fundamento de la dimensión jerárquica de la Iglesia. Desde esta perspectiva, la dimensión jerárquica pone mejor de relieve la dimensión institucional y visible de la Iglesia, mientras que la dimensión misteriosa y carismática manifiesta mejor la dimensión más interior y profunda que la anima”<sup>9</sup>.

Jerarquía y carisma, dos realidades complementarias que manifiestan la Iglesia de Cristo. En el Nuevo Testamento, vemos cómo Pedro y Pablo (1Cor 12 y 14; *passim*) acogen favorablemente los carismas en la comunidad: no los consideran como dones que autorizan para substraerse de la obediencia a la jerarquía eclesial o que den derecho a un ministerio autónomo, sino todo lo contrario, favorecen la comunión y desarrollo eclesial, por su conexión armónica y complementaria con el resto de carismas de la Iglesia (cf. IE 7). Jerarquía y carisma, porque también es doble el “origen de la Iglesia: en la diferencia y en la unidad de la experiencia de Pascua y Pentecostés. La Iglesia surgió primero como una consecuencia inmediata de las apariciones del resucitado y como secuela mediata del círculo de los discípulos prepascuales de Jesús. Y surgió, en segundo lugar (aunque íntimamente ligada con lo dicho), de la experiencia extática y carismática de estar llamada a ser, por la efusión definitiva del Espíritu divino, el nuevo comienzo del movimiento reunificador y escatológico de Dios”<sup>10</sup>.

Como recuerda el apóstol Pablo en su Primera Carta a los Corintios, dirá el Papa Francisco en una audiencia general (2014), todos los carismas son importantes ante los ojos de Dios y, al mismo tiempo, ninguno es insustituible.

---

9 V. DE PAOLIS, *La vida consagrada en la Iglesia* (Madrid 2011) 10, nota 2.

10 S. WIEDENHOFER, “Eclesiología”, en: T. SCHNEIDER (dir.), *Manual de Teología Dogmática* (Barcelona 1996) 720-721.

Esto quiere decir que en la comunidad cristiana tenemos necesidad unos de otros, y cada don recibido se realiza plenamente cuando se comparte con los hermanos, para el bien de todos. ¡Esta es la Iglesia! Y cuando la Iglesia, en la variedad de sus carismas, se expresa en la comunión, no puede equivocarse: es la belleza y la fuerza del *sensus fidei*, de ese sentido sobrenatural de la fe, que da el Espíritu Santo a fin de que, juntos, podamos entrar todos en el corazón del Evangelio y aprender a seguir a Jesús en nuestra vida<sup>11</sup>.

Los carismas siempre han acompañado a la Iglesia, tanto los ordinarios como los extraordinarios, aunque no hayan sido tan numerosos como en los primeros tiempos, para el perfeccionamiento y santidad del propio fiel y para el bien común de la Iglesia. Pero, como decíamos antes, durante siglos la dimensión carismática “quedó un tanto obviada, e incluso olvidada, a favor de una dimensión fundamentalmente jerárquica. Acaso sea por esto por lo que encontramos una ausencia, casi total, del término *carisma* no sólo en la doctrina eclesiológica y en la teología en general, sino también en la teología espiritual y en la de la vida religiosa. Da la impresión de que el nombre mismo suscitaba cierto recelo ante los frecuentes iluminismos y otras tendencias heterodoxas; por ello, habrá que esperar, prácticamente, al Concilio Vaticano II para que la doctrina del *carisma* o de los *carismas*, de modo especial en la eclesiológica, en la teología espiritual y de la vida religiosa, cobrase la relevancia que hoy se le concede”<sup>12</sup>.

Hoy podemos decir que gracias a la vida misma de la Iglesia, a las numerosas intervenciones del Magisterio y a la investigación teológica, ha crecido felizmente la conciencia de la acción multiforme del Espíritu Santo en la Iglesia, suscitando así una especial atención a los dones carismáticos, de los cuales, en todo momento, el Pueblo de Dios se ha enriquecido con el desempeño de su función (cf. IE 1). El Papa Benedicto XVI también concebía lo jerárquico y lo carismático como dos realidades íntimamente unidas. En el *Regina Coeli* del domingo de Pentecostés del mismo año de su elección (2005) afirmó, a propósito de la coincidencia de la solemnidad de Pentecostés con la ordenación presbiteral: “La cátedra y el Espíritu son realidades íntimamente unidas, al igual que el carisma y el ministerio ordenado. Sin el Espíritu Santo, la Iglesia quedaría reducida a una organización meramente humana, bajo el

---

11 Cf. FRANCISCO, “Audiencia general. 1-octubre-2014”: *L'Osservatore Romano* 40 (3/X/2014 –ed. español–) 12.

12 VIÑAS ROMÁN, *Los religiosos y las religiosas “ayer, hoy y mañana”*, 73.

peso de sus mismas estructuras. Asimismo, por su parte, el Espíritu, en los planes de Dios, se sirve habitualmente de las mediaciones humanas para actuar en la historia”<sup>13</sup>.

En la misma línea, los obispos españoles afirmaron que “la comunión eclesial no es sólo *espiritual* en cuanto nacida del Espíritu Santo, sino que simultáneamente es *jerárquica*, al existir por impulso vital de Cristo cabeza. No debería darse, pues, contraposición alguna en las relaciones entre los distintos miembros sino, al contrario, complementariedad en la comunión”<sup>14</sup>. Pero no todos los autores, ni en todos los momentos históricos de la Iglesia, se ha visto con tal lucidez<sup>15</sup>, lo que ha hecho contraponer ambas dimensiones, con consecuencias nefastas para el Pueblo de Dios: “Un método exegético insuficiente llevaría a contraponer de un modo dialéctico una Iglesia jerárquica, legal y piramidal, frente a una Iglesia discipular y carismática. Esta insuficiencia exegética añade además la confusión entre el sacerdocio común que se deriva del bautismo para todo fiel, y el sacerdocio ministerial que se presentaría como fruto de los avatares históricos de la lucha de poder. Finalmente, la consecuencia de esa dialéctica de dos iglesias y dos sacerdocios, comprendidos y enfrentados desde un reduccionismo ideológico, es que se factura una evidente crisis vocacional, una desertización de las vocaciones que falsamente se intentaría resolver demagógicamente apelando al sacerdocio femenino como una vieja reivindicación”<sup>16</sup>, nos dirá Mons. Jesús Sanz.

La Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe (*Iuvenescit Ecclesia*) muestra lo específico de cada una de las dos dimensiones, para reflejar mejor su complementariedad y mutua necesidad: “Los *dones jerárquicos* propios del sacramento del Orden, en sus diversos grados, se dan para que en la Iglesia, como comunión, no le falte nunca a ningún fiel la oferta objetiva

13 BENEDICTO XVI, “*Regina Coeli* (15 de mayo, 2005)”: *L’Osservatore Romano* (20/V/2005 –ed. en español–) 10. Cf. también el discurso de la toma de posesión de la Cátedra de obispo de Roma, en San Juan de Letrán, 7 de mayo de 2005: AAS 97 (2005) 748-752.

14 CEE, “La Vida Religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia”. Instrucción colectiva de la CEE, aprobada por la XXXV Asamblea Episcopal, el día 25 de noviembre de 1981, n. 8, en: *Confer* 77 (1982) 11.

15 Hay autores, como Mörsdorf, que extrañamente se muestran convencidos de la incompatibilidad entre los dos elementos: “La estructura jerárquica de la Iglesia no hace posible la recepción de una estructura carismática; estructura jerárquica y carismática son conceptos que se excluyen recíprocamente”. K. MÖRSDORF, *Das wine volkgottes und die Teilhabe der Laien an der Kirche*, en: *Ecclesia et Ius* (Festgabe Schenermann), (München 1968) 101.

16 J. SANZ MONTES, “Sacerdocio, teología y vida consagrada”: *Tabor* 10 (2010) 8-9.

de la gracia en los Sacramentos, el anuncio normativo de la Palabra de Dios y la cura pastoral” (IE 14); “los *dones carismáticos* se distribuyen libremente por el Espíritu Santo, para que la gracia sacramental lleve sus frutos a la vida cristiana de diferentes maneras y en todos sus niveles” (IE 15). Diez años antes, Benedicto XVI ya hablaba de esta complementariedad a los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación: “En la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad. Así, ambas dimensiones, suscitadas por el mismo Espíritu Santo para el mismo Cuerpo de Cristo, concurren juntas para hacer presente el misterio y la obra salvífica de Cristo en el mundo”<sup>17</sup>.

## 2. LA IGLESIA NO SE ENTIENDE SIN EL CARISMA. LA IGLESIA ES CARISMÁTICA

La Iglesia no se entiende sin su dimensión carismática, como tampoco se entendería sin la Jerarquía. La Carta *Iuvenescit Ecclesia* comienza con estas palabras: “la Iglesia rejuvenece por el poder del Evangelio y el Espíritu continuamente la renueva, edificándola y guiándola con diversos dones jerárquicos y carismáticos” (IE 1; cf. LG 4). Por eso afirmamos no solo que la Iglesia tiene dones carismáticos, sino que la Iglesia es una realidad carismática, enriquecida por el Espíritu con su gracia, y de la que a lo largo de la historia brotan sin cesar multitud de carismas. San Juan Pablo II decía a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales (1998): “En varias ocasiones he subrayado que no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo”<sup>18</sup>.

No podemos separar la obra del Hijo de la obra del Espíritu Santo, ni en el seno de la Trinidad ni en la economía de la Salvación. Así, la tradición

17 BENEDICTO XVI, “Discurso a la Fraternidad de Comunión y Liberación en el XXV aniversario de su reconocimiento pontificio. 24 de marzo”: *L’Osservatore Romano* 13 (30/III/2007 –ed. en español–) 6 (170).

18 JUAN PABLO II, “Mensaje a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales. 27 de mayo del 1998”: *L’Osservatore Romano* 23 (5/VI/1998 –ed. en español–) 11 (323). Cf. IE 10.



oriental veía la Iglesia “como el Cuerpo de Cristo animado por el Espíritu Santo”<sup>19</sup>. En esta misma línea, el magisterio actual ha afirmado recientemente que “el don del Espíritu en la Iglesia está ligado a la misión del Hijo, insuperablemente cumplida en su misterio pascual. (...) El Espíritu Santo no puede de ninguna manera inaugurar una economía diferente a la del Logos divino encarnado, crucificado y resucitado” (IE 11; cf. *Dominus Iesus* 9-12). Todo el misterio de la Iglesia procede de Cristo mediante la acción de su Espíritu (cf. LG 8). Lo sacramental o institucional es el signo de la presencia de Cristo resucitado en su Iglesia. Por ese motivo, la institución debe estar vivificada por el Espíritu Santo. Ambos aspectos se complementan: la institución significa la presencia de Cristo resucitado; pero, a su vez, el Espíritu debe llenar siempre de contenido toda la institución<sup>20</sup>.

El Card. Pironio, Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, señalaba, refiriéndose a la vida consagrada, que un aspecto de la comunión es la *institución del carisma*. Con frecuencia colocamos una frontera entre los dos aspectos: la Iglesia–institución y el carisma; el Espíritu y la ley. “Y decimos: ‘nosotros pertenecemos a la Iglesia del Espíritu, a la Iglesia carismática’. La Institución está invadida por el Espíritu de Dios. Es el mismo Cristo el que dice a Pedro: ‘Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia’ (Mt 16, 18). Es el mismo Cristo el que dio a los Apóstoles el poder de atar y desatar; quien hizo a la Iglesia Institución y le dio una estructura determinada, con una determinada jerarquía. El mismo Cristo es el que la invadió con su Espíritu en Pentecostés”<sup>21</sup>.

Estas fronteras y divisiones entre carisma y jerarquía hacen un flaco favor a la Iglesia, pues nos impiden contemplar su auténtico rostro, quedándonos solo con una de sus dimensiones. Y ni siquiera eso: una jerarquía sin carisma, no es auténtica jerarquía eclesial; un carisma ajeno a la jerarquía, no será fruto del Espíritu Santo ni don para nuestra Iglesia de Jesucristo. El verdadero carisma es el que existe en la comunión con la jerarquía, “alejado del inmovilismo de una institución congelada, que resiste al sople del Espíritu de Dios, y alejado también de la necesidad de cambio, la impaciencia inquieta y crítica. Fruto del Espíritu, el verdadero carisma es ‘paciente, benévolo’, no

---

19 IE 13; cf. S. BASILIO DE CESAREA, *De Spiritu Sancto* 26 (PG 32, 181).

20 Cf. N. SILANES, *La Iglesia de la Trinidad* (Salamanca 1981) 432.

21 E. F. PIRONIO, “Vivir la comunión en la vida consagrada”: *Vida Religiosa* 101 (2006) 92.

busca darse importancia y trabaja en bien de la unidad; mas, al mismo tiempo, es audaz dentro de la modestia y vigoroso en la confianza en el Señor”<sup>22</sup>.

### 3. EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA CARISMÁTICA ESTÁ LA VIDA CONSAGRADA

Sin agotar la realidad carismática de la Iglesia, pero como realidad eclesial intrínsecamente vinculada a la misma, se encuentra la vida consagrada. Es clásico el famoso texto de Sta. Teresa de Lisieux, al buscar el lugar de su propia vocación, y por extensión el lugar de la vida consagrada en la Iglesia: “¡Oh, Jesús, amor mío! Por fin, he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el amor! Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh Dios mío!, vos mismo me lo habéis dado...: en el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor!”<sup>23</sup>. Como la dimensión carismática pertenece a las entrañas de la Iglesia, así la vida consagrada se halla en su mismo *corazón*. San Juan Pablo II afirmó en el mensaje del primer año en que se celebraba la Jornada para la Vida Consagrada (2 de febrero de 1997): “la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (cf. VC 3). Por eso, la misión de la vida consagrada “no se refiere sólo a quienes han recibido este especial carisma, sino a toda la comunidad cristiana”<sup>24</sup>.

El carisma nos habla de vida, soplo, flujo de sangre... la vida consagrada es ubicada en el corazón de la Iglesia, donde se bombea la sangre para todo el cuerpo. La jerarquía, a su vez, se relaciona con la cabeza. Una cabeza sin corazón está muerta. Un corazón sin cabeza no puede hacer que los órganos del cuerpo actúen como deben. G. Ghirlanda afirma que “a fin de que el misterio de la Iglesia sea comprendido de modo completo, no se puede tener en cuenta sólo la estructura jerárquica de la misma, sino que se debe hacer referencia a una estructura fundamental querida por Cristo mismo, más amplia, rica y articulada que hemos denominado sacramental-carismático-institucional, incluyendo también ahí la vida consagrada (VC 31; 4), estructura

22 H. HOLSTEIN, “Consejos y Carisma”, en: AA. VV., *¿A dónde va la vida religiosa?* (Madrid 1970) 54.

23 TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma* (Manuscrito B, F 3v<sup>o</sup>), en: EAD. *Obras completas* (Burgos 1994) 229-230. F. M. LÉTHEL, *Connaître l'amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La Théologie des Saints* (Venasque 1989) 475-553; H. U. VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión* (Barcelona 1999).

24 JUAN PABLO II, “Mensaje en la I Jornada de la Vida Consagrada. 2 de febrero de 1997”, 1: *L'Osservatore Romano* (7/II/1997 -ed. en español-) 62.

necesariamente jerarquizada en torno al ministerio sagrado, y especialmente referido al del Romano Pontífice y de los obispos”<sup>25</sup>.

Es el mismo Espíritu, nos dirá *Iuvenescit Ecclesia*, quien “da a la jerarquía de la Iglesia, la capacidad de discernir los carismas auténticos, para recibirlos con alegría y gratitud, para promoverlos con generosidad y acompañarlos con paterna vigilancia (IE 8). Discernimiento paternal y promoción generosa, dos actitudes de la jerarquía eclesiástica respecto al carisma y a la vida consagrada: “la experiencia más hermosa es descubrir con cuántos carismas distintos y con cuántos dones de su Espíritu el Padre colma a su Iglesia. Esto no se debe mirar como un motivo de confusión, de malestar: son todos regalos que Dios hace a la comunidad cristiana para que pueda crecer armoniosa, en la fe y en su amor, como un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo. El mismo Espíritu que da esta diferencia de carismas, construye la unidad de la Iglesia. Es siempre el mismo Espíritu”<sup>26</sup>.

## II. VIDA CONSAGRADA, DON DEL ESPÍRITU

Afirmábamos más arriba que el Concilio Vaticano II supuso un redescubrimiento de la teología carismática en la Iglesia. Hablando de la vida consagrada (“religiosa”, dirán los documentos conciliares), *Lumen Gentium* subrayará su dimensión carismática. Así, LG 43 dice que *los consejos evangélicos...* son un *don divino*. Lo mismo podemos observar en el Decreto sobre la vida religiosa. Afirma F. Sebastián que “desde un punto de vista doctrinal es importante caer en la cuenta de que los trazos con los cuales describe este proemio (PC 1) la vida religiosa coinciden con los empleados en otros lugares del Concilio para exponer la actividad carismática del Pueblo de Dios. Los cristianos se consagran a Dios en el seguimiento de Cristo, lo hacen movidos por el Espíritu Santo. Con su vida y obras enriquecen la Iglesia, la preparan para toda obra buena, para el ministerio en la edificación del Cuerpo de Cristo.

25 G. GHIRLANDA, “Sviluppo dei principi ecclesiologici contenuti in *Mutuae relationes* alla luce del *Codice di Diritto Canonico* e delle Es. Ap. Postsinodali *Vita consecrata e Pastores Gregis*”: *Informationes SCRIS* 29 (2003) 65. Citado por: J. SANZ MONTES, “Mutuas Relaciones”, en: A. APARICIO (ed.), *Suplemento al Diccionario Teológico de la Vida Consagrada* (Madrid 2005) 801.

26 FRANCISCO, “Audiencia general. 1-octubre-2014”: *L'Osservatore Romano* 40 (3/X/2014 –ed. español–) 12.

La vida evangélica es un don recibido de Dios por algunos cristianos para bien de toda la Iglesia que se ve enriquecida y manifiesta por ellos la multiforme sabiduría de Dios<sup>27</sup>. En una reciente obra sobre la vida consagrada, G. Tejerina subraya que el primer dato que se debe señalar sobre la identidad de la vida consagrada es que “es un carisma del Espíritu”<sup>28</sup>.

La vida consagrada es carismática por su mismo *nacimiento*: nace en la Iglesia de una forma carismática. Ha habido unos hombres que, movidos por el Espíritu y ante unas determinadas circunstancias en las que se encontraban, han descubierto una forma determinada de vivir el Evangelio que les ha ganado el corazón. Estos hombres han sentido un eco especial en sus almas ante las diversas palabras de Jesús y han querido conformar sus existencias lo más estrechamente posible a lo que han escuchado<sup>29</sup>. El famoso documento *Mutuae Relationes* describía en los años setenta del pasado siglo el carisma de las formas de vida religiosa como experiencias del Espíritu (MR 11): “El carisma mismo de los Fundadores se revela como una experiencia del Espíritu (cf. EN 11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne”<sup>30</sup>.

La vida consagrada es carismática, en segundo lugar, por *la variedad de carismas que contiene*. Las familias religiosas y las diversas formas de vida evangélica nacen por el impulso del Espíritu en los creyentes. La fuerza del Señor promueve sin cesar la renovación de la Iglesia, la integridad de su testimonio, la eficacia de su ministerio entre los hombres. Es tal la variedad de carismas, que para el Card. Hume el término *carisma* es el que mejor puede definir la vida consagrada: “La categoría teológica actualmente más usada y que se considera más apta para expresar la variedad, la riqueza y la unidad interna de la vida consagrada es la de carisma”<sup>31</sup>. La Instrucción MR también habla de la variedad de carismas de la vida consagrada: “Esta obra pastoral consiste en una acción concorde de la comunidad cristiana en pro de todas las vocaciones, para que la Iglesia sea edificada según la plenitud de Cristo y

27 F. SEBASTIÁN, *Renovación conciliar de la vida religiosa* (Bilbao 31969) 74-75.

28 G. TEJERINA ARIAS, *Signum communionis. El carisma de la vida consagrada en la comunidad eclesial* (Madrid 2016) 30. Cf. *ibid.*, 26-35.

29 Cf. M. A. ASIAIN, *La vida religiosa en la Iglesia* (Salamanca 1977) 266.

30 Comentario de este texto: A. ESCALLADA TIJERO, “La dimensión carismática de la vida religiosa”: *Vida Religiosa* 50 (1981) 7-15.

31 G. B. HUME, “Relatio ante disceptationem” 8: *Vida Religiosa* 76 (1994) 449.

conforme a la variedad de carismas de su Espíritu. En esta materia, ante todo se ha de considerar que el Espíritu Santo, que sopla donde quiere (Jn 3,8), para mayor bien de la Iglesia llama los cristianos a diversos ministerios y estados” (MR 39). Pero una vez que nace un carisma, requiere del discernimiento eclesial de la jerarquía: “Cuando un don carismático se presenta como *carisma originario o fundamental*, necesita un reconocimiento específico, para que esa riqueza se articule de manera adecuada en la comunión eclesial y se transmita fielmente a lo largo del tiempo” (IE 17; cf. LG 12).

Y en tercer lugar, la vida consagrada es carismática por su *realidad esencial* que consiste en la profundización de la *consagración bautismal*, no por tener una función específica en las estructuras jerárquicas eclesiales, aunque algunos religiosos ocupen dichas responsabilidades. La profesión de los consejos evangélicos perfecciona la consagración propia que se da en el bautismo, pues por ella el fiel se entrega y consagra plenamente a Dios, dedicando su vida únicamente a su servicio<sup>32</sup>. Jesucristo es el Consagrado, el Ungido, el Mesías. En Él se cumple en plenitud el concepto más estrictamente teológico de consagración, como total deificación de su Persona Humano-Divina. “Consagración deificante de Jesucristo que se hace no sólo modelo sino fuente de consagración para todos. Por lo mismo, toda consagración hay que entenderla en referencia explícita e inmediata a Jesucristo, como una real configuración con Él”<sup>33</sup>.

## 1. VIDA CONSAGRADA EN LA IGLESIA CARISMÁTICA

De esta forma, la vida consagrada ubica en la dimensión carismática de la Iglesia (cf. IE 22; MR 19 y 34). “El Concilio Vaticano II, aunque no utiliza el término carisma para caracterizar a la vida consagrada, abre la puerta para el uso de este término. Si la vida consagrada no pertenece a la estructura jerárquica, sino a la vida y santidad de la Iglesia, se sigue que la vida consagrada se debe colocar en la línea de la estructura carismática de la Iglesia. De hecho, Pablo VI, en la carta apostólica *Evangelica Testificatio* n. 11, habla por primera

---

32 Cf. PAULUS VI, “Magno Gaudio”: AAS 56 (1964) 567.

33 VIÑAS ROMÁN, *Los religiosos y las religiosas “ayer, hoy y mañana”*, 35.

vez en un texto oficial del *carisma de los fundadores* y del *carisma de la vida religiosa (...)* fruto del Espíritu Santo que siempre actúa en la Iglesia<sup>34</sup>.

El documento *La Vida Religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia*, expone “algunas reflexiones sobre la vida religiosa como *un carisma* que ha de ser vivido en la Iglesia y para la Iglesia, destacando la relación de comunión de los religiosos y religiosas con los obispos y con los otros miembros del Pueblo de Dios. Todos formamos unidad en Cristo y en la Iglesia, y juntos hemos de asumir la corresponsabilidad a que nos llama el Espíritu<sup>35</sup>. En el ámbito del carisma es donde se sitúa la vida consagrada. Ésta pertenece a la vida carismática de la Iglesia y, por tanto, surge en ella como obra del Espíritu, que con su acción vivifica continuamente al pueblo de Dios de diversos modos. Son también muchos los teólogos que sitúan la vida consagrada en el ámbito del carisma. Así dice T. Viñas: “este género de vida que, en sí mismo, consiste, en primer lugar, en la práctica de los consejos evangélicos, hay que entenderlo como un don especial del Espíritu, es decir, como un *carisma*”<sup>36</sup>. El Papa Francisco, en continuidad con los anteriores, ha querido ubicar la vida consagrada en el seno de la Iglesia comunión, en su dimensión carismática: “Los religiosos y las religiosas, al igual que todas las demás personas consagradas, están llamadas a ser *expertos en comunión*. Espero, por tanto, que la *espiritualidad de comunión*, indicada por san Juan Pablo II, se haga realidad y que vosotros estéis en primera línea para acoger *el gran desafío que tenemos ante nosotros* en este nuevo milenio: *hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión* (NMI 43)”<sup>37</sup>.

Pero no debemos caer en una total identificación entre vida consagrada y vida carismática. La vida consagrada no agota la dimensión carismática de la Iglesia, aunque la expresa de un modo relevante y la pone especialmente de manifiesto. O, para hablar con palabras de S. M. Alonso, “es la Iglesia la que se manifiesta a sí misma y pone de relieve su condición de carisma a

34 DE PAOLIS, *La vida consagrada en la Iglesia*, 12.

35 CEE, “*La Vida Religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia*. Instrucción colectiva de la CEE, aprobada por la XXXV Asamblea Episcopal, el día 25 de noviembre de 1981”, n. 2: *Confer* 77 (1982) 7.

36 VIÑAS ROMÁN, *Los religiosos y las religiosas “ayer, hoy y mañana”*, 75. Cf. M. RUIZ JURADO, “Vida consagrada y carismas de los fundadores”, en: R. LATOURELLE (Ed.), *Vaticano II. Balance y perspectivas*, 802-808; S. M. ALONSO, *Identidad teológica de la vida consagrada* (Madrid 1998) 93-109.

37 *Testigos de la Alegría II*, 3: FRANCISCUS, “Litterae apostolicae Ad personas consecratae dicati”: AAS (2014) 942.

través de la vida religiosa”<sup>38</sup>. Si bien es verdad que el fundamento de la vida consagrada se encuentra no en la estructura jerárquica de la Iglesia, sino en el misterio más complejo de la Iglesia misma, que combina elementos divinos y humanos, estructura jerárquica y carismática<sup>39</sup>. Por lo tanto, el carisma de la vida consagrada no es meramente funcional o dado para realizar ciertas obras; es un carisma configurante o constitutivo del ser de la Iglesia. De ahí que el principal servicio que el consagrado, en cuanto tal, presta a la Iglesia consiste no en hacer alguna o muchas cosas, sino en ser de una determinada manera.

Este determinado ser del religioso no tiene contornos tan precisos como el ser del ministro y el ser del laico; su flexibilidad es mucho mayor. Flexibilidad dentro de un orden concreto y constitutivo de la Iglesia. El carisma de la vida consagrada, situado en este marco, tiene una eclesialidad mucho más densa y más profunda que la de los carismas universales, los cuales, ya por principio, van destinados a una tarea o a una función muy precisa que justamente obliga a definirlos como funcionales. En orden a la santidad, el carisma funcional pone una nota meramente personal; el carisma de la vida consagrada la ubica a ésta en la vida y santidad de la Iglesia (cf. LG 44). Dice *Mutuae Relationis*: “Sería un grave error independizar –mucho más grave aún el oponerlas– la vida religiosa y las estructuras eclesiales, como si se tratase de realidades distintas, una carismática y otra institucional, que pudieran subsistir separadas; siendo así que ambos elementos, es decir los dones espirituales y las estructuras eclesiales, forman una sola, aunque compleja realidad” (MR 34).

La vida consagrada se ubica en el corazón de la Iglesia, en su dimensión carismática, que no agota: de ahí se concluye que la vida consagrada es un elemento *irrenunciable y característico* de la Iglesia (VC 29). El ser del consagrado está profundamente vinculado al ser de Cristo, de quien es testigo y signo visible<sup>40</sup>. Por este motivo, nos dice el Concilio Vaticano II que donde se establezca una Iglesia debería promoverse desde sus inicios la vida religiosa, como uno de sus elementos irrenunciables: “Promuévase diligentemente la vida religiosa desde el momento de la implantación de la Iglesia, que no solamente

---

38 S. M. ALONSO, “Dimensión carismática de la vida consagrada. In *Spiritu: consagrados por el Espíritu Santo* (VC 19)”: *Vida Religiosa* 83 (1997) 234.

39 “The basis of this status lies not in the Church’s hierarchical structure but in the more complex mystery of the Church itself which combines human and divine elements, hierarchical structure and charisms”. J. H. PROVOST, en: J. A. CORIDEN – TH. J. GREEN – D. E. HEINTSCHEL, *The Code of Canon Law. A text and commentary* (Paulist Press, New York/Mahwah 1985) 133.

40 Cf. SEBASTIÁN, *Renovación conciliar de la vida religiosa*, 98.

proporciona a la actividad misional ayudas preciosas y enteramente necesarias, sino que por una más íntima consagración a Dios, hecha en la Iglesia, indica claramente también la naturaleza íntima de la vocación cristiana” (AG 18).

## CONSECUENCIAS Y CONCLUSIONES

La Iglesia de Jesucristo es jerárquica y carismática: dos dimensiones que nunca deberán faltar, pues en sí se complementan y nos muestran la realidad completa del Cuerpo vivo de la Iglesia. Por otra parte, la vida consagrada es un elemento *irrenunciable y característico* de la vida y santidad de la Iglesia, que se ubica en su dimensión carismática, en el corazón mismo de la Iglesia, como don del Espíritu Santo para ser signo de Dios en medio de nuestro mundo.

Desde esta doble perspectiva, debemos concluir que la vida consagrada, si quiere ser fiel al Espíritu de donde brota, deberá ser más carismática (obediente a la inspiración del Espíritu, fiel al carisma fundacional y abierta a los signos de los tiempos), a la vez que unida y obediente al discernimiento eclesial de la jerarquía, con quien deberá estar siempre en comunión. Por otra parte, la Iglesia del tercer milenio deberá ser más carismática, atenta a los dones del Espíritu que brotan en su interior, entre ellos la vida consagrada en sus grandes carismas tradicionales o en las nuevas formas de vida consagrada que siguen naciendo hoy.

No podemos concluir este artículo sin hacer referencia al cincuenta aniversario del nacimiento de la Renovación Carismática Católica (1967-2017). El Espíritu Santo quiso que no solo se retomase la teología del carisma en los años conciliares, sino que la Iglesia fuese más carismática, produciéndose en ella “un nuevo Pentecostés”<sup>41</sup>. Y desde entonces, miles de católicos han orado de una forma especial al Espíritu Santo, abiertos a sus carismas (ordinarios y extraordinarios), dejando que el Espíritu se manifestase con sus dones como en los primeros tiempos de la Iglesia. De esta forma, la Renovación

---

41 L. J. SUENENS, *Une nouvelle Pentecôte?* (Bar-le-Duc 1974).



Carismática Católica es testigo en la actualidad de la necesidad del carisma en nuestra Iglesia<sup>42</sup>.

---

42 Para conocer más sobre la Renovación Carismática Católica: D. S. BLAKEBROUGH, *La Renovación en el Espíritu Santo* (Salamanca 2006); V. BORRAGÁN MATA, *La Renovación Carismática. Una experiencia de gratuidad* (Madrid 2016); S. CARRILLO ALDAY, *Renovación en el Espíritu Santo* (Madrid 1978); COMISIÓN DOCTRINAL DEL ICCRS, *El bautismo en el Espíritu Santo* (Ciudad del Vaticano 2012); P. FERNÁNDEZ, *La Renovación Carismática. Documentación* (Salamanca 1978); F. A. SULLIVAN, *Charisms and Charismatic Renewal. A Biblical and Theological Study* (Ann Arbor-Michigan 1982); CH. VILLARROEL, *Teología de la Renovación Carismática* (Madrid 2014).

